

exclamando en himno sublime: «La Virgen es de nosotros los indios: Nuestra limpia Madre y Señora: la Virgen es de los indios». Estos gritos de amor quebraban las ondas de los hermosos lagos del Anáhuac é iban á repercutir en los flancos de sus altísimas montañas.

La segunda prueba del amor de los mejicanos á María es haberla declarado y jurado Patrona y Madre de toda la nación. Una epidemia horrible diezaba en 1736 á la ciudad de Méjico, dejando huérfanos á tan crecido número de niños que no había casas de beneficencia tan espaciosas que los pudieran abrigar. «El viento de la muerte», como decían en su pintoresco lenguaje los indios, soplabá con violencia y llevaba el contagio por todos los barrios. Entonces se tuvo la feliz inspiración de consagrarse á María de Guadalupe. Qué día aquel de tan glorioso recuerdo! Cubrióse Méjico de seda y oro, dice un inspirado vate, cada calle fué un jardín, cada casa un altar. Deshicieronse las tinieblas de la noche ante el brillo de cientos y millares de iluminarias. Las flores de los valles mejicanos ostentaban sus gallardas corolas en el santuario y lo perfumaban con sus delicados aromas. Músicas religiosas y marciales resonaban por doquier. En todos los rostros relumbra la alegría. El templo de Guadalupe parece un mar de gente que se apiña para contemplar á la Santa Imagen. Las campanas se echan á vuelo. Todo es bullicio y alegría. El Cabildo eclesiástico presidido por el venerable arzobispo D. Juan Antonio Vizarrén juró solemnemente por Patrona y Madre á la Virgen de Guadalupe. El Municipio hace igual juramento, y el pueblo lo ratifica con demostraciones de júbilo y

protestas de amor. La peste que en pocos meses había hecho más de setecientas mil víctimas cesó tan pronto como se hizo el juramento. « Parece que el ángel exterminador no esperaba más que esta resolución para envainar la espada (10) » Y para que esta consagración fuese canónica y perpetuamente válida se acudió á la Santa Sede, y Benedicto XIV, de grata memoria, por bula de 25 de Mayo de 1754, aprobó la grandiosa obra y concedió oficio propio.

Prueban bien alto el amor de los mejicanos á María de Guadalupe los templos edificados en su honor en estos sitios por Ella elegidos. El que ahora contemplan nuestros ojos es una maravilla de arte y de riqueza, y se puede decir que está amasado con lágrimas de cariño y de gratitud. Si las piedras de estos muros y bóvedas hablasen, si esa dulcísima Imagen desplecase sus benditos labios, nos diría los corazones que se le han consagrado, las lágrimas que ha enjugado, las visitas que ha recibido. Nosotros no podríamos reducirlos á cuenta, pues quedaríamos aturdidos con su peso. Fehaciente testimonio son las romerías diocesanas establecidas en los últimos años en que los pastores con centenares y millares de sus ovejas fieles, teniendo que recorrer largas jornadas, abandonar sus casas y sufrir las inclemencias del tiempo, se presentan á celebrar aquí solemnes y ruidosas manifestaciones de su filial amor á la Virgen guadalupana. A este templo vinieron los virreyes en el período colonial, y los dos emperadores á recibir las insignias de su autoridad y á poner su gobierno bajo el patrocinio de María. Aquí acudieron los poetas más

(10) P. Alegre, S. J.

esclarecidos de Méjico, como Sor Juana Inés de la Cruz, á beber sus más sublimes inspiraciones. Artistas como Cabrera recibieron en su alma efluvios de divina lumbre para trasladar al lienzo sus magníficos ideales realizando obras que son orgullo de la nación. Al calor del Corazón de María se formó esa pléyade de treinta historiadores de la Aparición de la Santísima Virgen y de su santuario y de trescientos literatos más que en sermones, discursos, poesías, han ensalzado las glorias de la Señora (11).

Citaré, como última prueba del amor de los mejicanos á su Madre, la solemnísimá coronación de la Santa Imagen, verificada en el fausto 12 de Octubre de 1895, que ha hecho época en los anales de la república y es una de las páginas más hermosas de su historia. Jamás la América ha visto esplendor y grandeza tales. Jamás se ha visto entusiasmo más delirante. Cuarenta y cuatro obispos nacionales y extranjeros, cuatrocientos sacerdotes y ciento cincuenta mil peregrinos venidos de todos los Estados de la nación presenciaron la exaltación de la divina Madre. Lo más precioso que poseía su tierra lo depositaron los mejicanos á los pies de su Reina y Patrona. La corona de oro que colocaron sobre la Santa Imagen era de un valor fabuloso. Y si no pudieron en ese día arrancar al firmamento sus estrellas para engastarlas en la diadema de María, no les quedó ternura en el alma ni lágrimas en los ojos que no les consagraran. Y aquí debo recordaros, hermanos carísimos, un episodio que os honra en alto grado. En

(11) Véase la Biblioteca Guadalupeña por el Illmo. Sr. Dr. D. Fortino Hipólito Vera.

cuanto la celestial Señora quedó canónicamente coronada á nombre del Romano Pontífice, vuestro dignísimo Prelado subió esas gra las del trono de María, y con la voz entrecortada por los sollozos y la emoción invitó á sus hermanos en el episcopado á rendir sus báculos y mitras delante de la Santa Imágen á fin de protestar sumisión á su Reina y pedirle su bendición. Todos los Prelados, cediendo á tan suave invitación y á los nobles sentimientos de su alma, lo pusieron en práctica con edificación de todo el pueblo cristiano.

VIII.

Antes de bajar de esta cátedra sagrada, permítmeme, Madre mía de los cielos, que os recomiende á esta muchedumbre de fieles que con tan encendido afecto os han honrado esta mañana. *Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi* (12). Elevad vuestros ojos misericordiosos y ved á estos vuestros hijos de Querétaro que se han congregado aquí para cantar vuestras bondades y grandezas. Han dejado sus hogares, muchos centenares de ellos han recorrido á pie, ocho largos días de camino en medio de fuertes lluvias. Vos que no os dejáis vencer en generosidad por vuestros hijos y súbditos, mostraos benigna con ellos. Acordaos, Señora, que los fieles de Querétaro son de los más amantes de vuestras glorias. Su dignísimo Prelado no cede la palma á ninguno de los ilustres obispos de la república en el amor hácia Vos. Es el campeón obligado de todas las glorias guadalupanas. El venerable clero desde muy antiguo ha acreditado el cari-

(12) Isaias, 60, 4.

ño que os profesa habiendo erigido un solemne templo en la cabecera de la diócesis donde os rinde ferviente y esplendoroso culto. Prelado, clero y fieles os dedicaron uno de los hermosos cuadros que adornan esta insigne basílica, y para el día afortunado de la coronación ellos contribuyeron con su entusiasmo y con su óbolo á pesar de su reconocida pobreza, quizás con más munificencia que nadie. Concededles las tres gracias que encarecidamente solicitan de vuestro maternal corazón, según indica el Prelado en su Pastoral. La primera es el triunfo de la Iglesia en los rudos combates que le declara el infierno; que el augusto piloto que dirige el timón de esa mística nave y que cantó tus glorias de modo admirable en bellísimos dísticos grabados al pie de tu cuadro, disfrute de santa paz y vea prolongar sus preciosos días. Favoreced de un modo especial la iglesia mejicana. *Visitad la viña que plantó vuestra diestra.* Dad más obreros á la viña del Señor, aumentando las vocaciones eclesiásticas. que los jóvenes mejicanos obedezcan al llamamiento divino y, templados sus corazones en el espíritu de un San Felipe de Jesús, de un Zumárraga, de un Bartolomé de las Casas, se dediquen á ganar almas para el cielo. Bendecid los campos y los bienes de estos tus hijos, á fin de que junto con el rocío del cielo venga sobre ellos también la grosura de los bienes de la tierra. En fin, bendecidnos á todos los que nos hemos asociado á esta fiesta para que algún día podamos besar vuestras plantas virginales en la mansión eterna de la gloria. Así sea.

